

# LETRAS

LETRILLAS

# L&TRONES

84

LETRAS LIBRES  
SEPTIEMBRE 2012

## CUBA OSWALDO PAYÁ Y LA ETERNA VIUDEZ DE CUBA

YOANI SÁNCHEZ

La parroquia del Cerro sorprende, asombra. Se alza espigada en un barrio donde la vida transcurre a ras de suelo; logra levantar incluso allí donde la cotidianidad apenas permite levantar el vuelo. La torre del campanario es afilada, pero las casas alrededor se muestran chatas; el parque a un costado es verde y fresco, mientras la calzada cercana se recalienta bajo el sol y el vaho de los viejos autos. Tal contraste debió de percibirlo Oswaldo Payá cuando atravesaba aquellas calles bulliciosas hasta llegar a la iglesia de El Salvador del Mundo. El mismo camino que haría tantas veces a pie desde su casa hacia esa puerta y que, un día, traspasaría dentro de un ataúd. De seguro había meditado en esas discordancias entre la tranquilidad del interior del templo y el vértigo del afuera, como caviló sobre las profundas contradicciones que marcaban la vida en Cuba. Si alguien conocía bien esas incongruencias, era él. Creció en el seno de una familia católica y se convirtió en

un adolescente en una sociedad donde el único dios permitido era el Partido Comunista. Recogió miles de firmas para reclamar un referéndum democratizador, y como respuesta el gobierno modificó la constitución, decretando el carácter irrevocable del sistema.

Una mañana de julio, un aplauso cerrado recibió a Payá por última vez en su hermosa parroquia del Cerro. Había muerto el día anterior, en un accidente de tránsito aún sin aclarar, en que también pereció el activista Harold Cepero. Entre gritos de libertad y lágrimas, el conocido disidente tuvo la despedida digna de un jefe de Estado, del presidente de la Cuba democrática que nunca llegó a ser. Su funeral diluyó las diferencias entre los grupos opositores y logró una tregua en las rivalidades. Allí estaban todos. Los que llevan décadas enfrentados al poder y los que apenas se han sumado en los últimos años a la lucha contestataria. Liberales, demócratas y socialistas, redactores de programas de cambio y lanzadores de pasquines en las calles, condenados a largas penas de cárcel y detenidos de forma momentánea. Personas que se habían sentado en la sala de Oswaldo Payá unos días antes y otras que no cruzaban palabra con él desde hacia más de un lustro. Porque la

lucha política en Cuba lleva mucho de soledad, de aislamiento. Pero la muerte tiene la capacidad de hacer confluír en el dolor, dejar a un lado las contradicciones y hacernos sentir acompañados... al menos por una vez, por una trágica vez. Algo similar se vivió durante el sepelio de Laura Pollán, líder de la Damas de Blanco, fallecida en octubre de 2011. Sin embargo ha sido en esta ocasión donde la voluntad de unirse se ha mostrado con más fuerza y ha dejado una prolongada lección para el futuro.

Solo siete años antes de que Fidel Castro entrara con barba y uniforme verdeolivo en La Habana, nació Oswaldo Payá. Recién cumplidos los dieciséis fue reclutado en el servicio militar obligatorio, donde se negó a participar en el traslado de un grupo de prisioneros políticos. Como castigo ante tal “desobediencia”, lo enviaron a la Isla de Pinos y allí pasó tres años de trabajo forzado. Hasta ahí su biografía se parece a la de muchos otros que en los primeros años de la Revolución padecieron cárcel o reprimendas. Pero a diferencia de buena parte de estos compatriotas, él prefirió permanecer en Cuba. No se marchó en las sucesivas oleadas migratorias de las que fue testigo. Ni por Camarioca en 1960, ni por el Puerto de Mariel en 1980 ni tampoco durante la crisis de los balmores en agosto de 1994. No obstante, no fue esa ni la única ni las más crucial de las peculiaridades que lo harían resaltar entre millones de cubanos. Se destacó especialmente por su vocación cívica y por su convencimiento de que el accionar político no debía vedársele a ningún ciudadano. Precisamente esa certeza lo llevó a fundar en 1988 el Movimiento Cristiano Liberación y a promover a partir de 1998 el Proyecto Varela. Iniciativa que buscaba la realización de un referendo nacional para demandar libertades políticas, sociales y económicas. Se consagraba así una nueva forma de lucha para la disidencia cubana: encontrar los resquicios dentro de la propia legalidad y con ellos intentar el cambio del sistema.



Fotografía: APPhoto/Ramon Espinosa

### +El entierro de Oswaldo Payá (1952-2012).

Atrás había quedado toda una etapa de combatir el grito con el grito, el golpe con el golpe, la represión con armas.

La reacción no se hizo esperar. Sobre Oswaldo Payá llovieron todo tipo de elogios y también de insultos. Las alabanzas son bien conocidas: el premio Sajarov del Parlamento Europeo en 2002, un reconocimiento como doctor honoris causa en leyes por la Universidad de Columbia y el galardón W. Averell Harriman que entrega el Instituto Nacional Demócrata, también varias nominaciones al Nobel de la Paz. Los agravios llegaron desde dos direcciones bien contrapuestas. Por un lado, los consabidos ataques del gobierno que querían destruir la imagen del político a nivel nacional e internacional y, por otro, las embestidas de ciertos sectores opositores y del exilio que lo consideraron un “dialoguero”. Estos últimos no aceptaban el reconocimiento a la legalidad cubana, implícito en el Proyecto Varela y que apelaba a la constitución para reformarla desde dentro de sí misma. El consabido tema de otorgar o no legitimidad al gobierno de Fidel Castro volvía a dividir las fuerzas disidentes. Payá tuvo que aprender a vivir y actuar bajo ese fuego cruzado.

La Asamblea Nacional de Cuba, caricatura de parlamento donde nunca una ley ha sido rechazada,

guardó silencio acerca de las 11,020 firmas del Proyecto Varela que se entregaron en 2002. En lugar de discutir la iniciativa ciudadana y someterla a votación, los obedientes y unánimes parlamentarios prefirieron callar. Pocos meses después se abrieron libros de firmas en cada Comité de Defensa de la Revolución para que los cubanos estamparan su rúbrica en apoyo a la “irrevocabilidad” del socialismo. Tal convocatoria tenía todas las trazas de las respuestas aplastantes y masivas que acostumbraba infringir el comandante en jefe. Solo que bajo los ojos de la propia legalidad cubana, tal recogida de firmas no tenía valor de referéndum para cambiar la Constitución, como se hizo creer a la opinión pública. Ninguno de aquellos nombres había sido recogido bajo voto secreto, ni en una boleta con el escudo de la República estampado y mucho menos dándole a los firmantes la posibilidad de elegir entre “Sí” o “No”. Así que la réplica de Fidel Castro al proyecto impulsado por Oswaldo Payá resultó ser una maniobra ilegal y burda que desposó a la nación con un solo sistema no elegido... de por vida.

Al llegar marzo de 2003, otro trago amargo le aguardaría al Movimiento Cristiano Liberación. Entre los 75 arrestados de la llamada Primavera Negra, se incluían más de

cuarenta miembros del grupo que dirigía Payá. A él no lo encerraron, en parte porque la visibilidad internacional lo protegía y también porque una de las estrategias de la policía política consiste en sembrar la desunión encarcelando aleatoriamente a los activistas que se le oponen. De esa forma, siempre queda la corrosiva duda sobre por qué ciertos líderes siguen caminando por las calles mientras otros van tras las rejas. Conocedor de esa estrategia, Payá no descansó un minuto para denunciar las altas condenas que los tribunales dictaron contra varios activistas del Proyecto Varela. Tampoco perdió oportunidad para alertar sobre la actuación de la jerarquía católica con relación al gobierno de Raúl Castro, cuando a principios de 2012 parecía que el pacto de transición se fraguaba entre sotanas y uniformes. Su deceso fue también un parteaguas para esa curia, un momento de definición pública. Su última misa fue oficiada por el cardenal Jaime Ortega y Alamino, quien confirmaba que “Oswaldo Payá tenía un clara vocación política y esto, como buen cristiano, no lo alejó de la fe ni de su práctica religiosa”.

Para ese entonces había cambiado significativamente el entorno opositor en el que Oswaldo Payá se inscribía. Espoleados por la represión, muchos de los presos de la Primavera Negra —una vez liberados— marcharon al exilio. El gobierno raulista se apropió de parte de la agenda que hasta poco antes era exclusiva de los grupos disidentes. Las flexibilizaciones al trabajo por cuenta propia y la autorización a los cubanos para hospedarse en hoteles e incluso para comprar y vender casas, obligó al replanteamiento de las propuestas y programas del sector más crítico. La sociedad civil cubana entró en ebullición y nuevos nombres saltaron a la palestra pública. Surgió también una nueva generación de voces disconformes, que fue recibida por una parte de los veteranos luchadores con la suspicacia que las décadas de trabajo de la policía política habían

contribuido a alimentar. Las nuevas tecnologías proveen actualmente de nuevos métodos para expresar la disconformidad, pero aún son tenidas por algunos como métodos *light* o “poco peligrosos” para el statu quo.

Justo en ese momento de redefinición, en una carretera del oriente del país, terminó la vida de Oswaldo Payá. El hombre que había sabido superar los años de ostracismo forzado, las persecuciones, el arresto de los suyos, no sobrevivía a un accidente rodeado de controversia y de detalles aún por aclarar. Se nos moría así un ciudadano imprescindible, un futuro candidato presidencial, con numerosos proyectos por delante, mientras el octogenario autócrata sigue respirando. Nadie lo hubiera vaticinado así. Ningún analista habría proyectado una Cuba sin Oswaldo Payá, pero con la pesada presencia aún del Comandante en Jefe. Sin embargo, al pesquisar la historia nacional, salta a la vista que no se trata de una tragedia nueva. La muerte prematura nos ha dejado con varios demócratas menos y con muchos caudillos de más. Una bala se llevó a José Martí a los 42 años, una huelga de hambre nos arrancó a Pedro Luis Boitel a los 41, y ahora con solo seis décadas de vida nos dice adiós el líder del Movimiento Cristiano Liberación. Como si la isla fuera una novia que se despide una y otra vez de sus pretendientes gentiles, de sus novios más promisorios. Cuba, la infeliz desposada que siempre sueña con el prometedor amor que perdió. —

## SIRIA EL AVISPERO

✎ BERTRAND DE LA GRANGE

**D**igan lo que digan los medios y los gobiernos occidentales, Siria no está viviendo una guerra de liberación liderada por unos rebeldes heroicos contra un dictador malvado. Como siempre, las cosas son mucho más complejas que ese mundo en blanco y negro donde los buenos luchan contra los malos. El conflicto

sirio, que lleva dieciocho meses, con un balance de unos veinte mil muertos, empezó como un asunto interno y se ha convertido sobre la marcha en un enfrentamiento geopolítico entre dos grandes ejes: por un lado, Estados Unidos, Europa y Arabia Saudita apoyan a los rebeldes, y por el otro, Rusia, China e Irán sostienen al régimen de Bachar el Asad. Cada eje defiende sus intereses estratégicos, mientras los sirios ponen los muertos y destruyen su propio país con las armas entregadas por sus “protectores”. Y cuando no quede nada de esa tierra donde tantas civilizaciones dejaron sus huellas, entonces habrá una conferencia internacional para repartir los despojos en dos o tres mini Estados confesionales.

Antes de transformarse en una guerrilla armada y financiada desde fuera, el movimiento de protesta sirio fue pacífico. Envalentonados por los éxitos de la “primavera árabe” en Túnez y en Egipto, un grupo de jóvenes de la ciudad de Deraa, cerca de la frontera con Jordania, se lanzó a la calle en marzo de 2011 para exigir reformas democráticas. Fueron duramente reprimidos, conforme a la práctica de un régimen que nunca, en sus cuarenta años de vida, ha tolerado la más mínima oposición. ¿Podía haberse evitado la carnicería que siguió? Los acontecimientos en Túnez y Egipto demostraron que sí era posible un cambio político sin derramamiento de sangre. Murieron cientos de egipcios en la represión desatada por las fuerzas paramilitares, pero los manifestantes de la plaza Tahrir, en el centro de El Cairo, no cayeron en las provocaciones y no respondieron a la violencia con las armas. En cambio, en Siria ambos bandos se enzarzaron rápidamente en una guerra fratricida y desigual.

Para entender esa incapacidad de los sirios para sentarse a una mesa de negociación y resolver sus diferencias de manera pacífica, hay que hurgar un poco en la historia de esa nación. Se ha dicho y repetido hasta la saciedad en la prensa occidental que, en Damasco, desde 1970 gobier-



✦Sectarismo e intereses internacionales.

na con mano de hierro la minoría alauí a través de la familia El Asad. Lo que no se cuenta es que, antes del golpe de Estado que puso en el poder a Hafez el Asad, padre del actual presidente, los alauíes habían sido maltratados durante siglos por los suníes. Los alauíes surgieron de una antigua escisión del chiismo, la rama minoritaria del islam. Toman vino y sus prácticas religiosas incluyen algunos elementos cristianos. Eso fue suficiente para que los suníes decretaran, en el siglo XIV, una fetua llamando a la eliminación física de esos herejes, que huyeron para salvar la vida hasta los lugares más recónditos de las montañas, cerca de la costa mediterránea. La fetua sigue vigente hoy, con la diferencia de que los alauíes están en el poder y han actuado sin miramientos a la hora de someter a los suníes, que son el 75% de la población actual de Siria.

¿Cómo hizo esa minoría —apenas 10% de los veintitrés millones de sirios— para desplazar a sus viejos enemigos? A mediados del siglo pasado, a raíz de la primera guerra árabe-israelí (1948), la burguesía suní ya no quiso mandar a sus hijos a hacer carrera en el ejército. A partir



de entonces, la misión de defender el país –independiente desde 1946– estaría a cargo de los más pobres, es decir las minorías alauí, cristiana y drusa, que aprovecharon la oportunidad y se alistaron en la milicia. Lo cuenta muy bien un antiguo jefe de los servicios secretos franceses, Alain Chouet, que estuvo destacado en Siria durante varios años. “Cuando se entrega el control de las armas a los pobres y a los perseguidos”, explicó Chouet en una conferencia a finales de junio pasado, “se tiene el riesgo de que las vayan a usar para robar a los ricos y vengarse de ellos. Es lo que ha pasado en Siria [...] Hafez el Asad venía de una de las familias más modestas de la comunidad alauí, pero llegó a dirigir el Ejército del Aire y a ocupar el puesto de ministro de Defensa antes de tomar el poder por la fuerza”.

Mucha sangre ha corrido desde entonces, y no de un solo lado. Entre diez y veinte mil suníes fueron masacrados en 1982 en la ciudad de Hama, feudo de los Hermanos Musulmanes. Esa actuación bárbara fue dirigida por el propio hermano de Hafez el Asad en venganza por una matanza de ochenta cadetes alauíes, cometida dos años antes por un comando suní en Alepo. Los dos bandos se enfrentan hoy en esa ciudad, la mayor del país, con 2,5 millones de habitantes. Los combatientes del Ejército Libre de Siria (ELS) han sido bien recibidos en los barrios suníes más pobres de la gran capital comercial multiétnica, cuyos bazares han sido durante siglos un hervidero de compradores llegados de los otros países árabes y de Turquía, Irán o Rusia. En cambio, las áreas donde viven los cristianos, los kurdos o la burguesía suní, todos aliados del régimen recibieron con alivio la protección de las Fuerzas Armadas.

Alepo, donde percibí una gran convivencia entre los grupos étnicos y religiosos cuando la recorrí a mediados de los años noventa, amenaza ahora con sucumbir también a esa guerra sectaria que se ha agudizado en el resto del país y que

tanto daño hizo en el vecino Líbano. Todos los días aparecen imágenes de ejecuciones sumarias y de cuerpos desmembrados. Los alauíes masacran familias enteras en los pueblos suníes que se han pasado a la rebelión. El aparato represivo del régimen, con sus temidos *mujabarat* (policía secreta) y sus *shabiba* (paramilitares), estos últimos de creación reciente, siempre se ha caracterizado por su brutalidad. Sin embargo, los rebeldes no se han quedado atrás e incluso alardean de sus propias exacciones. Ellos mismos hacen circular los videos donde se les ve asesinar a los partidarios del régimen, a veces por el solo hecho de pertenecer a la comunidad alauí. Ante la imposibilidad para cualquiera de los dos bandos de imponerse a corto plazo, el terror es ahora el último recurso.

La ferocidad de la contraofensiva del gobierno indica que los alauíes no tienen la más mínima intención de ceder ante la presión militar de los rebeldes. Están convencidos de que una derrota sería seguida de represalias salvajes de parte de los suníes, que querrán tomar su revancha. Para salir del trance actual, el régimen cuenta con el apoyo de Rusia, que ha vetado en tres oportunidades una moción de condena contra Damasco en el Consejo de Seguridad de la ONU. Además de una base naval y algunos intereses económicos en Siria, Moscú tiene una añeja alianza con Damasco, que data de la época soviética, y ha inspirado el programa del partido en el poder, el Baaz: socialista, nacionalista y laico.

Sin embargo, Rusia tiene motivos aún más importantes para no ceder ante las presiones de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, que quieren un cambio de régimen en Damasco, tal y como lo consiguieron en Libia el año pasado. En el caso libio, Vladímir Putin y su primer ministro, Dimitri Medvédev, se sintieron engañados por las potencias occidentales porque fueron más allá del mandato de la ONU, que había autorizado la protección de las poblaciones civiles y, en ningún caso,

una campaña militar de la OTAN para acabar con la dictadura de Gadafi. Los dirigentes rusos han dejado claro que no caerán de nuevo en la trampa y que Siria merece otro tratamiento.

Rusia está especialmente preocupada por el carácter cada día más islamista de la rebelión y teme que el contagio se extienda a sus propias repúblicas caucásicas –Chechenia, Daguestán e Ingushetia–, donde la guerra contra los yihadistas costó miles de muertos al Ejército Rojo. Según informes publicados en la prensa anglosajona, la presencia de algunos ciudadanos de esas repúblicas ha sido señalada en Siria, donde han llegado cientos de combatientes procedentes de Libia, Argelia, Iraq, Arabia Saudita e incluso musulmanes franceses y españoles.

Teherán, otro actor clave en el conflicto sirio, ha decidido aumentar su visibilidad después de que los rebeldes secuestraran en agosto a 48 “peregrinos” iraníes, que tenían toda la pinta de pertenecer a la Guardia Revolucionaria Islámica. Esos *pasdarán* habrían llegado a Damasco para echar una mano al amigo Bachar el Asad. Un enviado del ayatolá supremo Alí Jamenei se encargó de justificar la asistencia militar de Teherán con una gran franqueza. Siria, dijo Said Jalili, es “un pilar esencial [del] eje de la resistencia” a Israel y Estados Unidos, e Irán “nunca permitirá” la destrucción de este eje, que incluye también a la milicia libanesa chií Hezbolá. Para los iraníes, “la situación en Siria no corresponde a un conflicto interno, sino más bien a un conflicto entre el eje de la resistencia y sus enemigos regionales y globales”.

Los iraníes son los únicos que han puesto el conflicto en su verdadera dimensión geopolítica. Temen que una derrota de su aliado sirio facilite un ataque de Israel contra su programa nuclear, supuestamente pacífico. Además, su principal enemigo en el mundo musulmán, Arabia Saudita, saldría reforzado con una victoria de la rebelión siria. En

su afán por consolidar su liderazgo religioso y político, los saudíes y el pequeño Qatar, ambos suníes, financian generosamente todos los movimientos islamistas del planeta con sus petrodólares. Y los arman cuando es necesario, como lo están haciendo con el Ejército Libre Sirio.

Ahora bien, todo el mundo sabe que Arabia Saudita es una autocracia oscurantista y reaccionaria. ¿Cómo explicar entonces que Estados Unidos y Europa apoyen todas las intervenciones exteriores de esta petromonarquía, a sabiendas de que su objetivo final es la creación de regímenes similares al suyo? Solo hay una respuesta plausible, la misma de siempre: por encima de todo, las democracias occidentales quieren gobiernos estables y amistosos en esa región estratégica que produce el 60% del petróleo mundial. —

## CARTA DESDE MANHATTAN EN DEFENSA DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA

✎ RAFAEL LEMUS

Escribo en la Biblioteca Pública de Nueva York. Frente a mí un hombre —negro, canoso, traje a cuadros percutido— lee un libro (descubro: el *Mercer dictionary of the Bible*), toma notas en una gastada libreta amarilla y de vez en vez levanta la vista y sacude sus manos en el aire, como si dictara, quién sabe, un hipotético sermón. A mi lado una joven ignora el espectáculo y escribe (ya no en una libreta sino en una MacBook) asistida por tres o cuatro diccionarios regados sobre la mesa. Otras doscientas, trescientas personas atestamos las mesas de trabajo de la sala de lectura —la imponente Rose Main Reading Room— mientras una persistente fila de turistas entra al lugar, se pasea por los pasillos, toma alguna fotografía y sale de vuelta hacia las calles de Manhattan.

Desde hace un par de años trabajo con frecuencia en esta biblioteca y ya les puedo decir: es uno de

los mejores sitios en que uno puede estar. Claro: es demasiada la gente que entra y sale y es demasiado, de pronto, el ruido. Desde luego: puede ser una lata llenar a lápiz una papeleta tras otra y esperar quince, veinte minutos a que los libros lleguen a uno. Pero basta admirar la sala de lectura, con sus macizas mesas y sillas de roble, o la biblioteca toda, con su fachada de mármol, para creer una vez más que el trabajo intelectual importa y tiene peso. Además, cinco millones de títulos están ahí, literalmente a los pies de cualquiera que se acerque y solicite un ejemplar. Así de fácil: sin costo alguno, sin necesidad de pertenecer a una institución académica, sin que ningún especialista en derechos de autor se interponga entre el lector y la obra. Al final no asombra que esta biblioteca —el Schwarzman Building en la Quinta Avenida y la Calle 42— sea la estrella del sistema bibliotecario neoyorquino y uno de los puntos emblemáticos de la ciudad.

Y sin embargo, a principios de este año, el patronato de la biblioteca aprobó un ambicioso plan para transformarla. La idea —se dice— es vender los edificios que hoy albergan a la Mid-Manhattan Library y a la Science, Industry and Business Library y apretar ambas bibliotecas dentro del recinto de la Quinta Avenida, creando de ese modo una inmensa Central Library. Desde luego que para hacerle espacio a esas dos instituciones habría que modificar el edificio. Esta es la idea: demoler los siete pisos de estantes que desde hace 101 años sostienen la sala de lectura y enviar tres y medio de los cinco millones de libros que están ahí a una bodega en Princeton, Nueva Jersey. De llevarse a cabo el plan, al final no habría una sino dos bibliotecas: abajo, una biblioteca de préstamo diseñada por Norman Foster y bien pertrechada de cafés y sofás y computadoras; arriba, una biblioteca de investigación, con su sala de lectura intacta pero suspendida en el vacío, su acervo ya del otro lado del Hudson.

Para justificar el plan, el presidente del patronato, Tony Marx, ha deslizado un argumento económico: son tiempos de austeridad y la institución no puede darse ya el lujo de mantener aparte aquellas dos bibliotecas; además, los edificios que las contienen valen millones (alrededor de cien millones de dólares cada uno) y ese dinero podría ser empleado para reconstruir el Schwarzman Building, extender sus horas de operación y contratar más bibliotecarios. Por otro lado: son tiempos digitales y es hora de actualizar la biblioteca, ofrecer nuevos servicios, “reemplazar libros con personas”. Finalmente: no se corre peligro alguno. Que se relajen los conservacionistas: ni la fachada ni la sala de lectura del Schwarzman Building serán tocadas. Que se despreocupen los investigadores: los libros más consultados permanecerán en el sitio y los demás serán traídos de Princeton a Manhattan en no más de 24 horas.

Previsiblemente el anuncio de este plan desató, en un segundo, una encendida batalla. En mayo, más de setecientos escritores —entre ellos Mario Vargas Llosa, Salman



✦ Baluarte en riesgo.

Rushdie y Jonathan Lethem—firmaron una carta abierta en la que manifestaban su preocupación ante los cambios propuestos. También en mayo Charles Petersen publicó en la revista *n+1* un extenso, documentadísimo ensayo contra el proyecto que nutrió otros muchos ensayos críticos y que terminó motivando un foro de discusión entre promotores y opositores en The New School. Entre los opositores hay quienes rechazan toda alteración del edificio, monumento histórico de la ciudad, y quienes advierten sobre los riesgos de apostarle de lleno a los libros digitales, sobre todo porque los soportes de hoy podrían no ser los de mañana y porque las leyes de derechos de autor obstaculizan por lo pronto, y quién sabe durante cuánto tiempo más, el libre acceso a ellos. Otro de los argumentos se ha escuchado ya en México: ¿para qué gastar millones en la creación de una megabiblioteca cuando lo más urgente es fortalecer las pequeñas y maltrechas bibliotecas de los barrios? El argumento principal, sin embargo, es que la fusión de las tres instituciones terminaría afectando a la biblioteca ya existente en la Quinta Avenida, una biblioteca de investigación, y de no préstamo, cuyo objetivo no es atender al lector ocasional que busca de vez en vez una o dos novelas sino a los investigadores que solicitan de golpe quince o veinte libros y se instalan todo el día en una de las mesas de trabajo.

*Democracia*: esa es una de las palabras clave en todo esto y está en boca tanto de los entusiastas como de los críticos del proyecto. Los entusiastas afirman que el plan haría más democrática la biblioteca y agregan: circularía más gente, se prestarían más libros. Algunos sugieren, incluso, que quienes se oponen al proyecto lo hacen porque, al fin y al cabo, no son demócratas y porque les repele la idea de que más y más personas anden por ahí, platicando, actualizando su perfil de Facebook en alguna de las computadoras, solicitando el primer volu-

men de *The hunger games* o la última temporada de *Mad men*. Pero está claro que no es eso lo que asusta. Asusta que, en aras de consentir a esos lectores (atendidos ahora en la Mid-Manhattan Library), se sacrifique un espacio de investigación plenamente democrático. Porque vaya que la Biblioteca Pública es un espacio democrático. Lo ha sido desde aquel día de 1911 en que un migrante ruso-judío de veintitrés años abandonó su departamento en el Bronx, viajó a Manhattan, cruzó el umbral de la biblioteca, llenó a lápiz una papeleta y solicitó el primer libro en la historia de la institución —un ensayo en ruso sobre las obras de Nietzsche y Tolstói—. Lo es hoy, cuando cualquiera puede consultar el acervo y cuando funciona como la biblioteca primaria de los estudiantes de la universidad pública de la ciudad. ¿Lo seguirá siendo en el futuro si, en su afán de tornarse más popular, obstaculiza la investigación de los alumnos de los colegios públicos y de los investigadores independientes y de ese modo contribuye otro poco a la hegemonía de las universidades privadas?

Si me preguntan, lo que más me molesta es ese afán de acabar con la excepcionalidad de la Biblioteca Pública y de ponerla a tono con las lógicas hegemónicas. Hay aquí un espacio de sociabilidad alternativo, con sus propias normas de contacto e intercambio, y hay allá un deseo de alterar ese espacio no para protegerlo o enriquecerlo sino para someterlo de una vez por todas a los ritmos del mercado y la cultura del entretenimiento. El edificio es majestuoso —no importa, hay que remodelarlo y confiarle a Norman Foster que lo arrastre hacia las modas de la arquitectura contemporánea—. La biblioteca de investigación funciona —no importa, hay que reducirla y hacer que quepa allí una biblioteca de préstamo donde circulen más y más personas—. El espacio es ya democrático —no importa, hay que volverlo más popular, ofrecer lo que la mayoría quiere, rendirse ante la tiranía de las estadísticas.

Se ha dicho que oponerse a la reconstrucción de la Biblioteca Pública de Nueva York supone adoptar una posición eminentemente conservadora. Al contrario: significa resistirse al desmantelamiento de una biblioteca de investigación, defender la existencia de espacios alternos, sostener que dentro de este mundo caben otros mundos. —



Fotografía: Ted Thall/Time-Life Pictures.

+Hughes, el arte de la mirada.

## IN MEMÓRIAM ROBERT HUGHES DE LA CRÍTICA COMO LEGADO

✎ DANIEL BARRÓN

¿Hace cuánto tiempo que un crítico de artes plásticas no se convertía en una figura intelectual como lo fueron John Ruskin o Clement Greenberg? Ambos inventaron una forma de mirar, el Renacimiento lo seguimos contemplando con ojos de Ruskin, y Greenberg nos enseñó a seguir el laberinto un Pollock. Robert Hughes, fallecido el pasado 6 de agosto en Nueva York, y crítico de artes plásticas de la revista *Time* desde 1970, fue un intelectual en el sentido más



estricto, conocedor de la tradición occidental (su último libro es una historia cultural de Roma) y un crítico que miraba un cuadro como miraba la vida. Para Hughes, ver bien consistía en contestarle al cuadro, ponerse a su nivel, sopesando su sentido y su valor; para ello ajustaba las coordenadas entre la obra, la vida del artista y la época que le tocó vivir. De este modo lo que apreciamos en sus textos es una imagen completa del artista donde todo cuenta: su resultado formal, su relación con el arte del pasado y su interés por el mundo que lo rodeaba.

Es decir, lo que nos seduce de Hughes es que su crítica era moral; lo que vemos en sus mejores textos sobre arte —*El impacto de lo nuevo* que surgió de un programa con el mismo título creado para la BBC donde Hughes desarrolló el auge y la caída del arte en el siglo XX; y *Nothing if not critical*, traducido con poca fortuna como *A toda crítica* por Anagrama en 1992— es su sentido de la vida a través del arte.

Para esta conciencia moral, Goya era, si no su artista preferido, aquel donde encontraba lo mejor del hombre, y no solo lo mejor del pintor: la lucha contra lo irracional, el dominio de los propios temores, la crítica al poder y el desdén por el éxito social. Y si Goya estaba en el cenit de sus preferencias artísticas, Warhol estaba en el nadir: le reprochaba su accesibilidad, su deseo infantil por “imponerse al mundo por medio de la autorrevelación terminal”, y por sus cambios de estilo que dependían de la moda y una y otra vez se degradaban de estilo a mero diseño; finalmente le reprochaba su relación cortesana con Reagan y con el sha de Irán.

La ética que buscaba en el arte no siempre coincidía con sus propios actos. Casi al final de su vida, en 1999, tuvo un accidente automovilístico en Australia —donde nació en 1938—. Él manejaba en sentido contrario y chocó de frente con otro auto. Estuvo atrapado en su coche tres horas antes de que pudiera ser

rescatado. Tristemente, durante el juicio contra los cargos que el gobierno de ese país le imputaba, intentó defenderse diciendo que los jóvenes que conducían el auto contra el cual chocó llevaban droga y habían intentado chantajearlo. Sin embargo, en 2003 la pruebas fueron desechadas y tuvo que declararse culpable de manejar imprudentemente y causar daños físicos a otros automovilistas, además de pagar una fianza de 2,500 dólares. Hughes fue severamente criticado por sugerir que no recordaba nada del accidente, ni de los incidentes durante el juicio y por volver a los Estados Unidos antes de verse obligado a asistir a un segundo juicio. Esta fatalidad se sumó a otra mucho más personal, ocurrida en el 2001: su propio hijo, un escultor de 33 años, se suicidó. Al parecer, la vida estaba llevando a cabo su propio interrogatorio; su fatal crítica. Sin embargo, como escribe en *A jerk on one end. Reflections of a mediocre fisherman*, una suerte de memorias centradas en su afición por la pesca y publicadas en 1999: “el fracaso forma parte de la pesca deportiva, del mismo modo que las lesiones en la rodilla forman parte del fútbol”.

Después de esos “fracasos” regresó a la militancia feroz contra su propia época, donde peleaba la batalla perdida de rescatar al arte del comercio del arte. Pero en modo alguno era solo un crítico de artes plásticas. Sus mejores momentos, se encuentran en su crítica a los valores culturales y sociales. En *La cultura de la queja*, uno de sus libros más importantes, luchó contra la corrección política que está “corroída por la falsa piedad y el eufemismo”. En este ensayo busca revalorar la calidad artística por sí misma, es decir, por sus méritos estéticos y no como una consecuencia del género o la orientación sexual, de la situación médica o mental del artista. Aquellos que hacen una profesión o una ideología lo mismo de su condición racial que de su orientación sexual o estatus económico le parecían

deplorables, sobre todo porque ponían en su trabajo el énfasis en su condición de víctimas.

A veces sus textos eran deliberadamente rudos, pero con una aspereza que libera, como quien lee a Fernando Vallejo: “La queja —escribió— te da poder, aunque este poder no vaya más allá del soborno emocional o de la creación de inéditos niveles de culpabilidad social.” Rechazaba el culto “al niño interior maltratado”; le parecía que la persona que se victimiza vive en un estado inmaduro donde solo puede relacionarse con el mundo a través del reproche, el resentimiento o el chantaje.

Hughes tenía algo que muy pocos críticos alcanzan, incluyendo aquellos que son muy brillantes: un estilo personal que se nutría de la persuasión de su argumento, de las frases que dan en el clavo de la obra pero, sobre todo, parecen tocar en nuestra cabeza un recuerdo, algo ya visto o leído que amablemente el autor nos trae a cuento. Ese encanto (no encuentro otra palabra que conjugué tantas características), ese toque, esa chispa, es la literatura. Su crítica, como la de Gore Vidal, Octavio Paz o George Orwell, se lee como literatura: una crítica sin histeria.

Su obra fue una reivindicación del talento, del esfuerzo, del rigor frente a la idea “terapéutica del arte” (el arte como ejercicio formativo, educativo y de enaltecimiento espiritual, y no solo como “disfrute o registro histórico cultural”), lo cual no fue bien visto en un mundo que venera la igualdad y la oportunidad para todos. En asuntos artísticos, escribió, “el elitismo no significa necesariamente injusticia, ni siquiera inaccesibilidad [...] pero nos empeñamos en hacer de la educación artística un sistema donde nadie puede fracasar”. Un pesimista, le llamaron siempre, tal vez porque sabía que la horda de bárbaros piadosos que él reconocía en el mundo del arte había comenzado a colonizar todos los ámbitos. —



+Vidal (1925-2012) y sus malas ideas.

## LITERATURA VIDAL LOCO

✎ CHRISTOPHER HITCHENS

Hace más de diez años participé en una conversación pública que se celebró en Nueva York y pretendía examinar la vida y obra de Oscar Wilde. Me acompañaba el heroico gay Quentin Crisp, tal vez el único hombre que ha interpretado satisfactoriamente el papel de Lady Bracknell en *La importancia de llamarse Ernesto*. Surgió la pregunta inevitable: ¿existe un Oscar Wilde de nuestro tiempo? El moderador propuso a Gore Vidal y, después de que se mencionara su nombre, no parecía existir ningún rival evidente.

Como Wilde, Gore Vidal combinaba la severidad con el ingenio subversivo (*La importancia de llamarse Ernesto* es una sátira muy mordaz de la Inglaterra victoriana), y tuvo el raro don de ser divertido cuando trataba asuntos serios, así como de ser serio cuando abordaba asuntos divertidos. Como Wilde, fue capaz de combinar opiniones políticas radicales con un estilo de vida que era cualquier cosa menos solemne. Y, también como

Wilde, casi nunca estaba “apagado”: su conversación privada era tan entretenida y sorprendente como sus apariciones públicas más preparadas. Los admiradores de los dos hombres, y de su perversidad polimorfa, podrían discutir alegremente si eran mejores en la ficción o en el ensayo.

Tuve la suerte de conocer un poco a Gore en esa época. El precio de conocerlo era la exposición a algunos de sus rasgos menos adorables, entre los que se encontraban una memoria de paquidermo para los deslices u ofensas más leves y una levisima tendencia a sacar la cuestión judía en contextos inapropiados. Yo también era consciente de que Vidal sospechaba que Franklin Roosevelt había jugado sucio para provocar el ataque a Pearl Harbor y seguía admirando al gallardo Charles Lindbergh, líder de la derecha aislacionista de Estados Unidos en la década de 1930. Sin embargo, esos tics y manías, que criticué por escrito, parecían estar más o menos bajo control y, mientras tanto, Vidal seguía diciendo cosas que uno querría haber dicho. Sobre un escritor espiritual y sentimentaloiide llamado Idries Shah: “Estos libros son mucho más difíciles de leer que de escribir.” Sobre un párrafo de Herman Wouk: “No está nada mal, salvo como prosa.” De Teddy Kennedy, que atravesaba una mala época —con la cara roja e hinchada y aspecto de irlandés abandonado—, me dijo que tenía “todo el encanto de ciento cincuenta kilos de ternera podrida”. ¿Quién si no Gore podía iniciar un debate diciendo que las tres palabras más desalentadoras del idioma inglés son “Joyce Carol Oates”? En una entrevista, me dijo que el trabajo de su vida era “hacer frases”. Habría sido más exacto decir que construyó una carrera a base de pronunciarlas.

Sin embargo, si es parcialmente cierto que el 11 de septiembre de 2001 nos cambió a todos, probablemente es más cierto decir que a Vidal lo hizo más como era y acentuó una cepa chiflada que poco a poco se convirtió en el elemento dominante

de su personalidad. Si se fijan en sus textos de esa época, agrupados en un par de libros baratos titulados *Soñando con la guerra* y *Guerra perpetua para la paz perpetua*, encontrarán las ideas más estúpidas de Michael Moore o de Oliver Stone expresadas en un lenguaje que se queda un poco lejos del ideal de Wilde. “Mientras tanto, a los medios se les asignó la tarea familiar de incitar a la opinión pública en contra de Osama bin Laden, aunque todavía no se ha demostrado que fuera el cerebro.” Vidal firmó esa frase, pésima en muchos sentidos distintos, en noviembre de 2002. Una pequeña antología de piezas medio argumentadas y medio escritas, destinada a escandalizar, insinuaba o afirmaba que la administración conocía de antemano los atentados de Nueva York y Washington, y buscaban un pretexto para construir un gasoducto largamente deseado que debía atravesar todo Afganistán. (No hay muchos signos de ello, por cierto, aunque quizá les vendría bien a los desdichados afganos.) Como autoridad académica para esta empresa conspirativa, Vidal se basó en gran medida en el hombre que según él había producido “el mejor informe, el más equilibrado”, del II-S: un tal Nafeez Mosaddeq Ahmed, del Institute for Policy Research & Investment, cuyo libro *La guerra contra la libertad* había llegado hasta nosotros por medio de lo que Vidal llamaba “una editorial pequeña y local, pero de buena reputación”. Tras inspeccionarlo un poco, Ahmed resultó ser un individuo ridículo con la compulsión de vocear rumores a medio cocinar; su “Instituto”, un circo de una habitación en una ciudad costera de Inglaterra, Brighton; su editor, un grupo llamado Media Monitors Network, vinculado al Árbol de la Vida, cuya página web (ahora cerrada) ofrecía consejos sobre el asunto siempre incómodo de la autoedición. Y pensar que una vez hubo un momento en el que Gore Vidal podía recrear a Lincoln en las páginas de una novela o discutir asuntos de estrategia con Henry Cabot Lodge...



Se hizo cada vez más difícil hablar con Vidal (y también menos divertido), pero después descubrí algo más en su último libro de memorias, *Navegación de cabotaje* [*Point to point navigation*], que cuenta la historia de su vida hasta 2006. A pesar de que incluía una buena ración de insultos dirigidos a Bush y Cheney, no tenía ni siquiera un gesto hacia la materia delirante que el señor Ahmed le había suministrado. Eso podía significar dos cosas: o bien Vidal ya no pensaba eso o bien no estaba preparado para poner esas bobadas tristes y siniestras en un volumen publicado por Doubleday, leído por sus pares literarios e intelectuales, y dedicado a la fallecida Barbara Epstein. La segunda interpretación, aunque algo despreciable, era mejor que nada y sin duda mucho mejor que la primera.

Pero acabo de leer una larga entrevista de Johann Hari en *The Independent* de Londres (Hari es un admirador bastante devoto), donde Vidal decide volver por los viejos barrios para complacer los instintos más bajos de él mismo y de sus seguidores. Dice abiertamente que la administración Bush “probablemente” estaba en el ajo de los ataques del 11-S, una complicidad criminal que “sin duda encajaría muy bien con ellos”; que Timothy McVeigh era “un muchacho noble” y que no fue un asesino peor que los generales Patton y Eisenhower, y que “Roosevelt se encargó de que entráramos en la guerra, incitando a los japoneses a atacar Pearl Harbor”. Acercándose a la actualidad, Vidal dice que el experimento estadounidense puede considerarse “un fracaso”; el país se encontrará pronto “en algún lugar entre Brasil y Argentina, que es su sitio”; el presidente Obama será enterrado entre los escombros –destruido por “la casa de locos”– después de que Estados Unidos sea humillado en Afganistán y los chinos emerjan como líderes supremos. A continuación, seremos la “carga del hombre amarillo”, y Pekín “nos hará tirar

de los coches de *coolies*, o lo que sea que utilicen como transporte”. Los temas asiáticos no parecen producir el mejor Vidal: en otro tiempo decía que Japón dominaba la economía mundial y que ante ese peligro “solo queda una salida. Ha llegado el momento de que Estados Unidos haga causa común con la Unión Soviética”. Eso fue en 1986: acaso no el año ideal para proponer un abrazo a Moscú, y sin duda no tan bueno como 1942, cuando Franklin Roosevelt unió fuerzas con la URSS contra Japón y la Alemania nazi en una guerra que Vidal nunca deja de decir que fue (a) culpa de los Estados Unidos y (b) una contienda en la que no merecía la pena luchar.

Para redondear la entrevista, Hari, obviamente sorprendido, cambió de tema y preguntó a Vidal si quería decir algo acerca de sus rivales recientemente fallecidos: John Updike, William F. Buckley, Jr., y Norman Mailer. No pudo terminar su pregunta. “Updike no era nada. Buckley no era nada pero tenía olfato para la publicidad. Mailer también era un publicista fallido, pero al menos de vez en cuando daba señales de tener un cerebro en funcionamiento.” Uno descubre con tristeza, como en los ladridos y derrames anteriores, la absoluta falta de elegancia o generosidad, así como la ausencia de ingenio o profundidad. Una ligereza sarcástica y cansada ha robado el lugar de las primeras, y el resentimiento lúgubre ha depuesto a los segundos. Ah, para terminar, entonces, ya que Vidal se encontraba en Londres, ¿tenía algo que decir acerca de Inglaterra? “Esto no es un país, es un portaaviones estadounidense.” Santo cielo.

Desde hace algunos años, el papel habitual del viejo ha sido el del último romano: la eminencia estoica que con ojos limpios prevé el fin próximo de la noble república. Ese papel no requiere una toga, pero exige un poco de dignidad. Las frases de Vidal solían tener cierta rotundidad y extravagancia, pero ahora ha descendido directamente a

lo barato e incluso a la falsificación. ¿Qué pinta este patricio en los mercados del sensacionalismo, donde los paranoicos farfullan y toda suerte de vulgaridades degrada la expresión novedosa?

Si Vidal lee esto alguna vez, creo que sé lo que va a decir. Hace poco, cuando le preguntaron por nuestras diferencias en una reunión pública en Nueva York, respondió: “¿Sabe?, él se consideró durante muchos años mi heredero. Y, desafortunadamente para él, no me he muerto. Sigo dando la matraca.” (Un relato del acontecimiento decía que esta respuesta no tan afilada había dejado a la gente riendo “a mandíbula batiente”: en su declive, Vidal tiene *fans* como David Letterman, que se ríen en todos los momentos equivocados porque les da miedo sospechar que no lo están pasando bien.) Pero su primera frase, en concreto, invierte la realidad. Hace muchos años me escribió espontáneamente –tengo la correspondencia– y se ofreció libremente a designarme su sucesor, su *dauphin* o *delfino*, como dicen los italianos. Amablemente me dedicó varios libros de este modo y le pedí permiso para usar la frase de su carta en la solapa de uno de los míos. Dejé de utilizar la cita después del 11-S, como él bien sabe. No tengo ningún deseo de cometer parricidio literario o de asesinar al personaje de Vidal: un personaje que, en cualquier caso, parece haberse suicidado.

No me importa lo más mínimo su intento torpe y desagradable de reescribir su relación conmigo, pero sí me opongo a la versión chiflada, revisionista y negacionista de la historia que está vendiendo sobre todo lo demás, así como a la forma terrible, rencorosa y miserable –“dando la matraca”, de verdad– en la que ha terminado por hacerlo. Oscar Wilde nunca fue mezquino, y tampoco se convirtió en un Anciano Marino. –

Publicado en *Vanity Fair*  
en febrero de 2010.

TRADUCCIÓN DE DANIEL GASCÓN